

brió, callandito para que las criadas no la oyeran, levantó el pestillo y se metió en el estudio.

La casualidad la puso delante del San Juan, y maquinalmente contempló la dulce figura del Bautista; de repente una idea diabólica cruzó por su magin incapaz de comprender el daño que hacía; tomó un pincel, lo mojó con negro de humo; se aproximó á la tela; pasó por ella el pincel con exquisito cuidado dejándole grandes pegotones de color al santo y... cuando volvió el artista á su casa se encontró al San Juan que tenía que empaquetar en seguida, con un par de bigotes tremendos que dejaban atrás los mostachos cerdosos de un sargento de dragones.



El Ángel de la Guarda



Á Dolores Cortés

I

NADA, la casa no despedía el rumor más leve; parecía deshabitada. Jesusilla, con sus cinco sentidos en las orejas, en camisa, revuelta la pelambre, hollando la almohada con el codo y apoyando su preciosa cabeza en la palma de la mano estuvo un buen rato *oyendo* el silencio sin advertir ni el zumbido de una mosca; luego se acabó de incorporar en la cama y por fin, de un embite se puso de pie sobre los colchones, como si fuera á tender las alas y se tiró al suelo...

Vaya... ¡Lo que es de aquella noche no pasaba el conocer el Angel de la Guarda, que su madre decía que llega á la cama de los niños cuando se acuestan para velarles el sueño!... Tenía muchas ganas de saber como era, por más que por las estampas del libro de misa ya recordaba ella de los ángeles, unos jovencitos, altos, muy guapos,

muy sonrosados y muy rubios... Perfectamente... Pero eso no bastaba... Quería verle, hablarle, darle las gracias por su bondad...

Jesusilla, andando de puntillas, con los piés desnudos para no mover ruido, se acercó á la entornada puerta de la alcoba, apoyó en la hoja el oído y se puso á escuchar... En la habitación se colaba por la rendija de la entrada el débil rayo de luz de una lamparilla que se quedaba luciendo en el pasillo.

Un rato permaneció la niña en actitud vigilante, alerta al más leve ruido, extrañándose de la tardanza del Angel de la Guarda... ¡Miren que descubrimiento!... También los ángeles se retrasaban en asistir á su obligación... Porque al suyo no le constaba si ella hallábase ó no metidita en su cama y roncando, y de haber cogido el sueño hubiera dormido sin ángel á la cabecera... Y nada... dieron las nueve y las nueve y media y el bondadoso amiguito de las alas no llegaba... y el caso era que se iba quedando fría y que los párpados se le cerraban sin que lo pudiera impedir... Hombre!... Tendría gracia que después del plantón se acostara sin verle!...

En estas una sombra cortó el rayo de luz que penetraba en la alcoba y se sintieron

pasos apagados y suaves... ¡Dios mío!... ¡El Angel de la Guarda!... De pronto le entró á Jesusilla un miedo grande de que el ángel la sorprendiera en camisita, escuchando; de un brinco retrocedió hasta la cama; alzó el cobertor apresuradamente; se zampó bajo las sábanas y cerrando los ojos fingió dormir entreabriendo los párpados un poquito.

Jesusilla se dispuso á ver entrar el ángel... Ella se figuraba que lo primero que aparecería en el cuarto sería un resplandor intenso... Los ángeles andan todos rodeados de luz... Después, recordando las estampas del devocionario, se imaginó un mancebo sonriente, blondo, con grandes alas, vestido con una túnica color de rosa, que andaría como si no fijara los pies en el suelo... Las pisadas se hicieron más recias... El ángel se acercaba... El ángel empujó la puerta...

Pero en vez de distinguir un jovencito rubio y blanco, Jesusilla vió entrar á su madre, que como de costumbre antes de recogerse, recorría cama por cama todas las de sus hijos, inspeccionando si dormían, si disfrutaban de buen sueño, si les ocurría algo... La madre de la niña se acercó á ella, la contempló atentamente, permaneció un

instante mirándola y por fin la besó en la frente con suprema suavidad, para que no despertase; luego se marchó...

Jesusilla abrió entonces los ojos, y sin levantarse continuó escuchando... ¡Pues no venía el ángel!... ¡No se oía nada!... Ahora no se atrevió á levantarse... ¡Estaba tan calentita!... Así, aguardando, persuadida de que se hallaría despierta al llegar el Angel le sorprendió el sueño, cerrándole los párpados blandamente.

II

¡Pues señor, no vi entrar al ángel!... pensó Jesusilla en cuanto se despertó á la mañana siguiente. Apenas la vistieron, contrariada y pensativa, fué á buscar á su abuelita, le contó sus dudas, le refirió lo que le había acontecido y le preguntó con gran extrañeza:

—No dicen que cuando un niño se acuesta viene el Angel de la Guarda á su alcoba?...

La abuelita no contestó al pronto; pero se sobrepuso á su sorpresa y replicó sonriéndose:

—Es que los niños no pueden conocer al ángel de su guarda sino cuando se van al

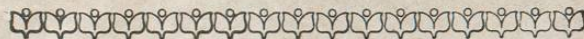
cielo y los coge con sus brazos para llevarselos... Además, tú no sabes que le has visto anoche...

— ¡Qué le he visto?... exclamó Jesusilla con asombro.

— Si tal!... Y te ha dado un beso... ¡El Angel de la Guarda de los niños va siempre dentro de su madre!...

Y la abuelita no añadió más detalles, con lo que la muchacha murmuró sin volver de su asombro.

— ¡Quién se lo había de figurar!...



El juego del Cirto

A MI PRECIOSO Y MALOGRADO SOBRINO EMILIO BUTLER, QUIEN
NO PODRÁ YA LEER ESTE CUENTO PORQUE VOLÓ
PARA NO VOLVER MÁS

CUAN cuanto abrió aquella mañana los ojos Emilín y sacudió la modorra del sueño estirando los bracitos y restregándose los párpados, se acordó de la función de la víspera y se echó á reir con una risa prolongada y bulliciosa de gorgojo de ruiseñor. ¡Vaya unas bofetadas! Si parecía que estaba viendo aún aquellos hombres de goma de pelota, que se doblaban por mitad del cuerpo y se subían mutuamente sobre los hombros, con un tupé de estopa por pelambre y la cara cubierta de harina, como los albañiles, darse de cachetes y tirarse por el suelo á moquetazo limpio! ¡Pero se harían daño! ¡Eso mamá lo sabría!— ¡Mamá!... Y apenas su madre, atraída por los gritos,

entró en la alcoba para vestir al niño, se le arrojó Emilio al cuello, la abrumó de besos, y mientras le ponían la ropa se lió de palique y comenzó á descargar sobre su madre un aguacero de preguntas.— ¡Mamá! ¿Y cómo enseñan á los caballos, mamá? ¿Y cómo se tienen los de los trapecios?... ¿Y se hacen daño los que se pegan? ¡Ah! ¡De modo que se cascan de mentirigillas! ¡Ya se lo calaba él, en vista de que no lloraban!... Y en estas acabó su madre de aviarle, le puso el delantal y Emilín se salió del dormitorio al gabinete, mientras la buena señora se encaminaba á la cocina á arreglar á los pequeños el chocolate.

Eladita, la hermana de Emilín, encontrábase aposentada ya en su silla de guta-percha, y en espera del desayuno jugaba con dos ó tres muñequitos descabezados que tenía en la caja del cierre de su butaquita; al ver al niño la mocosuela agitó los brazos con alborozo y quiso levantarse de su asiento; Emilín, corriendo á ella para que no se cayera con juguetes y todo, le dió un beso en los carrillos que resplandeció como si se acariciasen dos rayos de luz, y se acomodó á su lado en una banqueta.

De pronto fijóse Emilín en el tocador de

su madre; clavó sus miradas en la tabla de mármol del mueble, obstruída por multitud de frasquitos, platillos y jaboneras alineados en torno á una monumental jofaina de loza blanca; reparó en la polvera japonesa, y brotando en la mente del niño el chispazo de una idea propia de sus cuatro abriles, se levantó de la banqueta, empuñándose sobre una silla cogió la polvera de laca, se bajó, empapó la borla en el lecho de arroz molido de la cajita y luego, acercándose á su hermana, empezó á restregarle el rostro con el borlón henchido de harina y le puso la cara como si se la hubieran enjalbegado con yeso. Después volvió á llenar de polvos el plumerejo, y mirándose, empinado sobre las puntas de los pies, en la luna inclinada del lavabo, el mismo Emilín se embadurnó las facciones hasta quedar convertido en un molinero.

Ea, ya tenían la cara como los hombres del circo. ¡Ajajá! Ahora á jugar á pegarse. Eladita no quitaba ojo al niño, atisbándole con atención y con el rostro hecho una pared, sin protestar del blanqueo por provenir del hermanito. Aviados ya, se remangó hasta el codo Emilín, y gritando con agudos chillidos, como berreaban los señores de pelota de goma, arremetió contra Ela-

quita, y saltando delante de ella, y fingiendo que la huía, y volviéndose para saludar á la cómoda del rincón y la puerta de la sala, empezó á sacudirle á la tierna criatura una cachetina tremenda.

Eladita sufrió al principio los golpes sin chistar y sonriéndose, palmoteando contagiada por el bullicio del hermano; luego debió de dolerle alguno de los pescozones que le llovían sobre la cara; se puso seria; en su hociquillo se asomó un pucherete y se vislumbraron dos lágrimas en sus ojos; y al fin, abrumada por el sopapeo, se echó á llorar desconsoladamente, balbuceando con su media lengua:

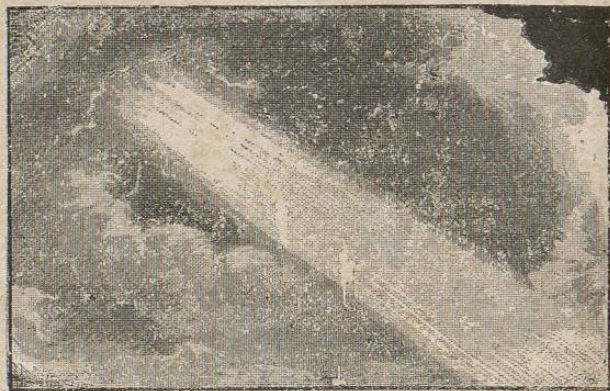
—¡Pupa! ¡Pupa! á tiempo que la madre apareció por la puerta del dormitorio, andando á pasitos cortos, para no derramar el agua de las copas que con el chocolate y los buñuelos traía en una bandeja.

La madre vió en el acto las caras de molinero de sus hijos; reparó en la polvera caída en el suelo; sorprendió á Emilín zurrándole la badana á su hermanita, y dejando el desayuno sobre la cómoda corrió á la silla de la niña, que le alargó las manitas como pidiéndole auxilio; apartó al travieso mocete, gritándole iracunda, á la vez que le empujaba á un rincón del gabi-

nete, y tomó en sus brazos á la pobre Eladita, mientras el chico, impassible y sereno, se alejaba hacia la alcoba, murmurando con aire de lástima:

—¡Qué tonta!... ¡No sabe jugar al cirto!...





El rayo de sol

QUEL rayo de sol espléndido y dorado era la única nota alegre del alto calabozo: todas las mañanas, muy tempranito, apenas la aurora alboreaba en su horizonte, se colaba por entre los hierros de la ventana, dando á los barrotes un matiz cobrizo, y reventando de alegría y de luz, iba á la humilde cama del preso á despertarle; él, el rayo piadoso, era la sola *persona* que entraba en la olvidada estancia del infeliz delincuente, y ambos eran muy amigos; el preso quería mucho al rayo de sol, le ha-

blaba, le dirigía frases de cariño, le cogía su polvo luminoso con las manos, le acariciaba, buscaba en los terribles días del invierno, en que el aliento se le helaba en el húmedo encierro, su calorcillo agradable, y el rayo á su vez se *sentía* influido por semejante amor y halagado por la gratitud del pobre hombre al que la sociedad abandonaba condenándole al aislamiento y al abandono.

El rayo de sol se preguntaba muchas veces cuál sería el delito del preso; como él se pasaba los días en el calabozo, acompañándole, asistía á las luchas tremendas de aquel hombre y á sus calmas y reposos; á veces el solitario se dejaba arrebatado por la desesperación, se le encendía el semblante, paseaba dando fuertes patadas en el piso, recorriendo el cuarto, con los puños cerrados, mesándose los cabellos, maldiciendo horriblemente, mirando al Cielo con airados ojos como increpándole; en otras ocasiones se pasaba las horas muertas sentado en su banqueta con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza sobre las manos, la vista clavada en el suelo, entregado á sus pensamientos hondos, sin hacer caso de nada, ni aún de su rayo de sol, en quien tanta confianza tenía.

Por lo general, el preso recibía al carcelero agriamente, el desdichado comía poco; en cambio, bebía mucho, señal de fiebre; cuando el rayo de sol iba á media mañana al cántaro á entibiar el agua, ya se lo encontraba vacío hasta casi la mitad. De cuando en cuando el preso escribía algo con un alfiler en el yeso del tabique ó en la tabla de la mesa, que luego besaba; sin duda era algún nombre querido; el semblante del solitario inquilino del calabozo hablaba en su favor con harta elocuencia; en su rostro pálido, en sus pupilas serenas, en su frente despejada, en su persona toda, henchida de nobleza, se reflejaba un resplandor grande de honradez y bondad; aquel joven pensativo, de barba negra, de finas manos, que echaba migas de pan á las aves demostrando así su ternura de sentimientos, no podía ser un ladrón ni un asesino vulgar; indudablemente se trataba de algún preso político.

Un día que entoldaron las nubes el horizonte, cuando el rayo de sol llegó al calabozo, no estaba el preso en él; sin duda se hallaba en la vista de la causa; por fin se acordaban de que existía; cuando el infeliz tornó á su prisión, se echó en la cama, y allí permaneció inmóvil convertido en

una estatua yacente. ¡Qué sueño tan singular! ¡Cualquiera diría que un abatimiento enorme le abrumaba! ¡Y ahora que sin duda ninguna se resolvería en seguida su libertad! El lo sentía de veras, porque acaso no volviera á ver más á su melancólico amigo; pero se alegraba de que al cabo volara para siempre de su encierro sombrío. Así como así, ya le buscaría por esos mundos hasta encontrarle de nuevo. Aquel anochecer se retiró el rayo de sol muy complacido. A la mañana siguiente el preso tampoco se hallaba en su cuarto; en vano le esperó el rayo de sol; no apareció en todo el día. ¡Ea! Ya estaba libre. ¡Pobre joven! ¡Gracias á Dios!

Pero el rayo ignoraba que su amigo el pobre preso había sido condenado á varios años de prisión y trasladado á otra cárcel, hundiéndolo en un calabozo de un patio á donde jamás bajaba el compasivo sol.